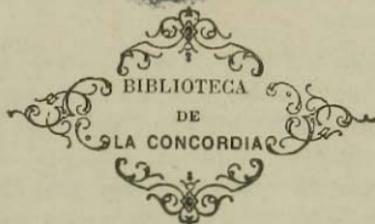


LLUVIA DE ORO

NOVELA ORIGINAL

POR

Ramiro Blanco



VIGO
IMPRENTA DE LA CONCORDIA
Plaza del Sol, 3

1899

M. 14491

R. 14475

C-68/H1

LLUVIA DE ORO

NOVELA ORIGINAL

1908

Prohibida la reproducción
sin permiso del autor.

Blanco



VIÑO
IMPRESA DE LA CONCORDIA
Plaza del Sol 2

1908

MONTERREY

Librería Anticuaria
de Galicia

G. Aranda, 18-Tel. 16843

VIGO



LLUVIA DE ORO

CAPÍTULO PRIMERO

Preséntase en escena el héroe del cuento

—Sentir como circula por las venas la sávia de la juventud, tender la ansiosa mirada en derredor, viendo pasar en el revuelto torbellino del mundo los honores, las riquezas, el poder, el amor... ¡Y no participar ni de un átomo de todo ese esplendor, de toda esa magnificencia, de todos esos placeres!

Así pensaba Miguel una templada tarde de primavera, mientras se dirigía á su mezquiao alojamiento, con las manos metidas en los rotos bolsillos del pantalón, y advirtiendo la dureza de los guijarros, á través de los agujeros de sus botas.

De buen grado hubiera el pobre muchacho detenido su pausada marcha, para entrar en el más humilde de los figones, á satisfacer las exigencias de su estómago, que protestaba imperiosamente contra los repetidos ayunos, con

abstinencia de carne y de pescado, á que su negra suerte le condenaba.

¿Pero cómo verificarlo, sin poseer ninguno de esos redondos trozos de metal, que se llaman monedas?

A tiro de ballesta descubriase la situación financiera del pobre muchacho ¡Lástima que tan gentil figura se disfrazara bajo una vestimenta raída y de tan miserable aspecto! Porque Miguel, con sus veintitres años, que constituyen, en primer término, el más poderoso elemento de belleza; su bigotito negro y rizado; sus grandes ojos de oscura y brillante pupila, cobijados bajo unas cejas, modelo de corrección, que parecían hechas con pincel; sus abundantes y descuidados cabellos, que asomaban las negríssimas guedejas, intentando libertarse de la tiránica presión de un sombrero de inverosímil color, su estatura y la gracia y flexibilidad del talle..., era lo que se llama un guapo mozo.

Apenas recordaba las caricias de su madre ni pariente alguno, que además de ésta, le hubiese acogido en su infancia; quedóse huérfano, cuando aún era un niño, y merced á los filantrópicos sentimientos de un pobre capellán de monjas, que tomó á su cargo la educación y cuidados del pequeñuelo, pudo la privilegiada inteligencia de Miguel ponerse en condiciones de adquirir superiores conocimientos, sin necesidad de otro maestro que su incansable afán por el estudio.

Morir el caritativo capellan, y encontrarse Miguelito en la calle todo fué uno. El infeliz le lloró, le lloró mucho; bastante más que los contados parientes del difunto, que acudieron, como aves de rapiña, á la casa mortuoria, para cargar con el escaso metálico que dejó, y unos cuantos trastos viejos que, formando un monton, se vendieron en subasta.

Miguel no tenía más que quince años; pero era listo, emprendedor, poseía más conocimientos que la inmensa mayoría de los muchachos de su edad, y si bien los primeros días vagó por Madrid sin rumbo fijo, comiendo y des-

cansando sabe Dios dónde, ello es que acabó por ser admitido en un establecimiento tipográfico en calidad de aprendiz de cajista.

Y ¡vive Dios! que no transcurrió un par de meses, sin que aquel diablejo lograra manejar el componedor con más soltura y desparpajo que el más hábil oficial.

Aquella primera profesión, que por entónces le puso á salvo de la miseria, decidió el porvenir de Miguel.

A fuerza de leer cuartillas, bien ó mal escritas, cayó en la cuenta de que él tenía dentro del chirumen algo que le impulsaba á tomar la pluma, y conquistarse con ella un nombre literario.

De eso á ingresar en la redacción de un periódico, con la categoría de gacetillero, no había más que un paso.

¡Infeliz Miguelito! Más le hubiera valido pretender una plaza de dependiente de cualquier comercio de géneros ultramarinos ó del reino, que al fin y al cabo, después de mucho barrer la tienda, pringarse las manos, pesar kilos y más kilos de garbanzos ó judías, y despachar durante algunos años, hubiérase visto poseedor de un capitalito honradamente ganado, y podría contemplar cara á cara la feísima vejez, durante la cual (como dijo un moralista de tomo y lomo), es lícito descansar.

Su mala estrella le llevó por otros derroteros.

¡Era sólo en el mundo, no tenía á su lado persona alguna de experiencia que intentara, cuando menos, borrar de su magín aquellas fantasmagorías de gloria!

En resúmen: Miguel acabó por ser literato á secas, es decir, nada. Porque cuando un español es nada más que literato, sin amalgamar ese vicio con la virtud de poseer bienes de fortuna, ó un sueldo cualquiera, venga de donde viniere, es lo mismo que ser un gorrón descarado, que pretendiese ocupar puesto en un banquete, para el cual no ha sido préviamente invitado: en el banquete de la vida no hay plato alguno destinado á los escritores á secas.

Y ya que el lector sabe, sobre poco más ó menos, quien es nuestro héroe, proseguiremos diciendo que, mústio y

alcaído, encaminábase á su casa, situada en uno de los barrios extremos de Madrid.

Iba decidido á dar fin y conclusi3n á una novela de poca cotilla que, con el título de *El Emparedado*, le habia sido encargada por un editor.

Una semana hacia ya que Miguel daba vueltas y más vueltas á una idea en su imaginaci3n, para hallar un desenlace original á la complicada trama de su novela.

Al principio tuvo que sacrificar muchas cuartillas, por que buscando la manera de justificar el título, impuesto de antemano por el editor, encabezó el primer capítulo con una sentencia de Brillat-Savarin, y se engolfó luego en consideraciones de orden gastronómico, viniendo á resultar que la clave y desarrollo de la fábula dependía de la confecci3n de cierto pastelillo, relleno de ternera, es decir de un *emparedado*, que ninguna semejanza ni relaci3n tenía con la clase de emparedados á que la obra debía referirse.

Ya casi terminada, faltábale un desenlace imprevisto, nuevo... casar al protagonista, pareciale recurso vulgarísimo y gastado; y matarle, era disgustar á los lectores sensibles... ¿qué hacer?

Todo esto calculaba el joven por la milésima vez, sin decidirse por ninguna de las dos soluciones, cuando se detuvo maquinalmente ante la verja que cercaba un espacioso y bien cultivado jardín, en cuyo centro se elevaba un precioso *hotel*, de construcci3n moderna.

Se aproximaba el crepúsculo vespertino. El sol deslizaba oblicuos y dorados rayos de luz por entre el follaje de los árboles; un cristalino surtidor de agua caía, deshaciéndose en brillante cascada, sobre los niveos hombros de una sirena de mármol.

El edificio parecia teñido de carmín, alumbrado por los últimos rayos del sol; un ejército de parleros gorriónes cantaban, con idescriptible algarabía un coro, ocultos en el espeso zarzal de plantas trepadoras que daban sombra á un gran cenador; por la entornada persiana de un

balcón del edificio se escapaban los fugitivos acordes de un piano...

Situado este pequeño oasis á un tiro de fusil de la casa que habitaba Miguel, había adquirido éste la costumbre de detenerse todos los días en aquel sitio para dirigir algunas miradas al jardín.

Conocía todas sus plantas, todas sus flores, todas sus fuentes, y le hubiera sido fácil dar cuenta de quantas reformas y modificaciones había verificado el jardinero en el transcurso de un año.

Ensimismado Miguel, dejaba vagar por el espacio sus miradas, cuando sintió en su hombro el peso de una mano, y una voz conocida, que le dijo:

—¡Te cogí! No es la primera vez que te sorprendo mirando á través de esta verja. ¿Qué apostamos á que en estos bosquecillos mora alguna sílfide en cuyos ojos te inspiras?

—Te equivocas, Emilio.

—¿Pero vive aquí ó no?

—¿Quién!

—Tu ideal, el ángel de tus sueños, tu Musa; en fin, todo eso que decís los poetas...

—Amigo mío, no tengo tiempo que dedicar al amor, soy un desheredado de la fortuna, estoy solo en el mundo, necesito comer, necesito trabajar... ¿Qué monsergas de amor me traes á cuento?

—¡Vaya! ¿Te olvidas de que la juventud sin amor es una vejez anticipada?

—A eso te contesto, que el amor sin juventud es una monstruosidad.

—Convenido. ¿Pero me hablas en serio? ¿Presumes ya de viejo?

La juventud que poseo, amigo mío, está monopolizada por la miseria, no la puedo dedicar al amor... ¿No me hablabas antes de sílfides? Pues ahí tienes un fauno

Salía entonces del cenador un hombre como de sesenta y pico de años, de elevada estatura, bien proporcionada

do, de fisonomía agradable, luciendo una poblada y lueña barba blanquísima.

Vestía una holgada bata; gorro azul y zapatillas del mismo color.

Iba leyendo un voluminoso libro, encuadernado en pergamino, y tomó maquinalmente por una de las sendas que conducían á la puerta de la casa; antes de llegar á ella, le salió al encuentro una joven, casi una niña, que le hizo una cómica y graciosísima reverencia, y arrancó desenfadadamente el libro de sus manos, lanzando una alegre carcajada.

El anciano movió la cabeza con aire de disgusto, quitóse unas anormes antiparras que llevaba sobre el marcado caballete de la nariz, y ambos desaparecieron de la escena, entrando en el hotel.

—Ya ves que no me engañaba,—exclamó Emilio,—tú estás enamorado.

—¿De quién? ¿De esa niña?

—¡Diablo! Es una niña encantadora, la he visto bien; su figura es interesante, sus ojos azules son hermosísimos, y posee una soberbia cabellera rubia... que tú habrás acariciado en sueños. Es, en fin, un fresco capullo, próximo á convertirse en espléndida rosa, por obra y gracia de seis ú ocho meses que le faltan para estar en sazón...

Miguel se encogió de hombros, y tomó el camino de su casa, del brazo de su amigo, que le abrumaba á preguntas.

—No te canses,—le dijo por último.—Ignoro cómo se llaman los dueños de ese hotel, y te aseguro que no me interesa saberlo. ¿A qué vendría ocultarte ese amor, dado caso que existiera? Me seducen las flores, me encanta la risueña perspectiva de ese jardín, me gusta ese elegante edificio tan bien situada, y algunas veces, como hoy, suelo detenerme ante la verja á alimentar tristes pensamientos que ¡Dios me perdone! tienen ciertos puntos de contacto con la envidia. Si; yo quisiera poseer una casita como esa, rodeada de un jardín parecido, y...

—¿Acompañado de la jóven rubia?
—Entónces... quizás sí. A cubierto de todas las necesidades y miserias que me hacen arrastrar una vida lánguida, atrofian mi corazón y secan la fuente de mis sentimientos... podría dedicar la primavera de mi vida á la más dulce y poética de las emociones del alma: el amor. Pero al presente, Emilio, abandonado á mis propias fuerzas, que tan escasas son, luchando sin cesar, contra el destino, sin más patrimonio que mi pluma... ¿Cómo abrigar ilusiones?

—¿Eres escéptico? ¿Tan poca fé tienes en el porvenir?

—He aprendido muy prematuramente á desconfiar de él. Sin embargo,—continuó Miguel deteniéndose, y haciendo asomar á sus labios una triste sonrisa,—si he de creer en los vaticinios de cierta gitana, que ayer mismo se empeñó en leer mi destino futuro en las rayas de mi mazo, un brusco é inesperado cambio de fortuna ha de disipar las tinieblas en que vivo, y ha de brillar para mí el sol de la dicha. ¿Qué te parece?

—¡Maravilloso! Yo soy de los que creen á pié juntillas en las predicciones de los gitanos.

—¡Qué tontería!

—Amigo mío; el arte, ó mejor dicho, la ciencia de la adivinación, ha dado un gran paso en este siglo, gracias á las modernas aplicaciones del hipnotismo...

—Envidio tu buen humor

—No hablé en broma. Que tu gitana sea auténtica, y has hecho tu suerte. ¿Tienes algún tío en América?

—No.

—¿Juegas alguna vez á la lotería?

—Tampoco.

—¿Por qué no enamoras á una vieja rica?

—¿Quita allá! Ten en cuenta, señor supersticioso, que la gitana me habló de un inesperado cambio de fortuna, y si yo pretendiera conquistar el amojamado corazón de cualquiera vieja millonaria, dejaría de ser mi suerte inesperada. Aquí no hay más remedio que dejar rodar la bola...

CAPÍTULO SEGUNDO

Preséntase en escena la heroína del cuento

Carolina arrojaba pedacitos de pan á la brillante calva de su tío Sabas, mientras el erudito buscaba manera de leer, con la posible comodidad, un periódico, que parecía una sábana pequeñita, contentándose con decir de vez en cuando:

—Estáte quieta, loquilla

La joven continuaba disparando sus leves proyectiles, y se reía...; se reía como una tonta, enseñando unas preciosas hileras de dientes, cuya nitida blancura resáltaba entre el rojo color de sus entreabiertos labios.

Aquel día amaneció brillante, despejado, tibio; una leve brisa columpiaba dulcemente los árboles del jardín, y todo convidaba á dar por él un paseo.

Carolina habia almorzado con excelente apetito, y estaba tan contenta, que no cesaba de reir ó cantar; tomó de un par de sorbos una taza de café, tiró una última bolita de pan á su paciente tío, y corrió al jardín.

Pero al asomar su linda cabeza por la puerta, se detuvo bruscamente.

— ¡Calla! — se dijo. — Hoy ha venido más temprano. ¿Quién será este joven? Siempre le veo detrás de la verja... mirando al jardín. Y está tan pálido y tan triste... ¿Estará enfermo? ¿Por qué mirará hacia aquí? ¿Quién será? ¡Dios mío, qué sombrero lleva más horrible! De esa forma se lleva hace cuatro ó cinco años, cuando yo era así, chiquita, chiquita... ¿Y de que color es el tal sombrero? ¡Vamos á ver, Carolinita, sé amable conmigo, y dime de que color es! A ver si aciertas: café con leche, mezclado con almazarrón? No. ¿Color del papel secante que usa mi tío. Tampoco; es más obscuro. ¿Color de guinda pálido, con vetas de caoba? ¡Quita allá! Me parece que tira un poco á zinc ..

No determinándose Carolina á salir á luz, situose convenientemente detrás de una gran magnolia que había junto á la puerta, y comenzó á espiar, por vía de pasatiempo, al misterioso y pálido joven del sombrero de problemático color.

Ya se habrá adivinado que aquel joven era Miguel, que, siguiendo su costumbre, contemplaba ensimismado el jardín, sin advertir las estratégicas evoluciones, realizadas por Carolina, para ver sin ser vista.

Por fin, la curiosa lo vió moverse, sacarse los puños de la camisa, arreglar el cuello del levitín, componer la corbata, estirar el chaleco, dirigirse rápidamente hacia la puerta de la verja, y tirar de la cadena de la campanilla, haciéndola sonar con largo repiqueteo.

Aquello era lo inesperado, lo fenomenal... Poseída la joven de la mayor sorpresa, faltóle tiempo para subir de un par de saltos los escalones, y caer como una tromba en el comedor.

— ¡Tío? — gritó, sofocada por la emoción, — el joven del sombrero feo, aquel que tanto mira nuestro jardín, ha llamado.

El buen viejo tenía tantas noticias del joven del sombrero feo, como del Preste Juan de las Indias.

— ¿Y quién es ese joven? — preguntó, arrancándose con

trabajo de la lectura del periódico, y mirando á su sobrina por encima de las antiparras.

—¿Pero es posible que no le conozcas?

—Ignoro á quien te refieres.

En aquel momento apareció un criado en el umbral de la puerta, anunciando una visita.

—¿Has dicho que estoy en casa?

—Dije que no sabía.

—Debiste afirmar rotundamente que no recibo, estas no son horas de visitar á nadie.

—¡Tío! ¡Tío! —gritó Carolina con voz de niña mimada.— ¿Conque ahora que se nos presenta una excelente ocasión de saber quien es ese jóven, te niegas á recibirle? ¿Serás capaz de dejarme que me muera de curiosidad?

—Pero, niña; será algún pretendiente, quizás algún pedigüeño? y estoy ya aburrido y fastidiado de tanta gente como viene á molestarme.

—¡Pobrecito! Querrá tal vez que le recomiendes para algo que le hará mucha falta... Dile que pase, y pregúntale que por qué mira tanto al jardín.

—¡Vaya, no seas tontuela!

—Pues quiero, sí, ¿lo oyes? quiero...; y serás un tirano sino me complaces, un Calígula, como tu dices... ¡Nicolás! —añadió, dirigiéndose al criado.— Dile á ese joven que pase al despacho, y que ahora mismo saldrá el señor... ¡Vé volando!

Nicolás, sin contestar palabra, miró á su amo, que resignado ya, le hizo una seña con la mano, encogiéndose de hombros.

Luego alivió su nariz del peso de los anteojos, dejólos sobre la mesa, gruñó por lo bajo no se qué frases, y se levantó suspirando, para dirigirse hacia el despacho.

Carolina que ya había desaparecido de la escena, volvió otra vez al comedor, acercóse misteriosamente á su tío, y empinándose graciosamente sobre la punta de los pies, le dijo al oído en voz baja:

—Oye; pregúntale también, que por qué lleva ese sombrero tan horroso... ¿eh?

Y se alejó de nuevo con tácitos y rapidísimos pasos, yendo á situarse detrás de unos grandes cortinajes que ocultaban la puerta de una alcoba contigua al despacho.

Desde aquel sitio pensaba continuar el espionaje.

Aguardaba ya Miguel, con el sombrero en la mano, y no tardó en presentarse el dueño de la casa.

Este le miró con aire desdeñoso, mientras el joven le hacía una profunda reverencia.

—¿Quién es usted?—preguntó el viejo.

—Pues yo soy...

—Antes que eso... ¿Por qué mira usted tanto mi jardín?

Quedóse Miguel sorprendido al escuchar aquella extraña pregunta, tan fuera de tono, y no supo al pronto qué contestarle, sin duda porque se le ocurrieron muchas contestaciones á la vez.

Además, el aire displicente de aquel caballero le puso de mal talante, y como era de suyo altivo é independiente, depuso con prontitud su timidez, y avanzando un paso, contestó:

—Caballero: contestaré á esa pregunta, cuando usted me haga el honor de decirme con qué derecho me la hace.

Ahora le tocó el turno de sorprenderse al tío de Carolina.

—¿Sabe usted con quien habla?—le dijo enderezándose todo lo posible.

—Hasta ahora—repuso el joven,—no me ha dejado usted tiempo para preguntarle si se llama usted D. Sabas de Mina.

—Ese mismo soy. ¿Y qué?

—¿Y qué?

—Si. ¿Usted quién es? ¿A qué viene aquí? ¿Qué es usted?

—Soy escritor.

Los labios de don Sabas ensayaron una sonrisa de desprecio, que parecía una mueca.

—¡Escritor!—exclamó.—Hoy todo el mundo se cree con derecho á titularse así. ¡A cualquier cosa se le llama escritor!

Viendo Miguel que no se le invitaba á tomar asiento, dejó pacíficamente el sombrero sobre la mesa, y se sentó en una gran butaca.

En tanto el erudito movía la lengua á la par que las piernas, dando paseos de un extremo á otro de la estancia.

—¡Escritor!—continuó diciendo:—*¿Risum teneatis amici?* Para conquistarse un honroso puesto en la república de las letras, se necesita algo más que hilvanar media docena de artículos anodinos y dos ó tres novelas insulsas. Hace ya cuarenta años que cultivo las letras, y en ese tiempo he dado á la luz *La corona excelsa; Los literatos de papel, Salomón y Semiramis, La muerte del espíritu, Historia del romanticismo en España, Cervantes náutico, Un poeta ignorado, El Clarín de guerra, Veladas y Conferencias, et sic de coeteris*, que son otras tantas novelas y folletos que han dado mucho que hablar en los círculos literarios. He escrito además una extensa *Retórica y poética*, que fué premiada, con primer *accesit*, en un certámen científico literario. Mios son también los dramas titulados *La esposa infiel* y *El veneno de los celos*; que no se pusieron en escena, porque la raza de los verdaderos actores se ha extinguido, y no hay quien sepa representar mis producciones dramáticas. En el transcurso de mi vida, he fundado siete ateneos y dos docenas de periódicos, de índole puramente literaria; con el pseudónimo de *Omnibus*, nadie como yo ha castigado á los escritores de pacotilla, á los novelistas chirles, á los plagiarios; y bien puedo afirmar que mi nombre, como crítico de alto vuelo, es superior al que adquirí como novelista y autor dramático...

Todo esto lo dijo don Sabas, sin tomar aliento, de caretilla, y así estaba él de sofocado y rubicundo.

Escuchábale Miguel, con pacienzuda cachaza, dándose golpecitos en la punta de un pié, con la contera del bastón.

Don Sabas tomó asiento y continuó:

—No es esto sólo, caballero; mis traducciones latinas...

Una afectada tosecita, que se dejó oír en la habitación contigua, hizo comprender al tío de su sobrina, que era preciso complacerla sobre la marcha, dejando para mejor ocasión el relato de tantos y tan notables méritos literarios.

Así, pues, sin transición alguna, exclamó de pronto,

—Pero, en fin, ¿quiere usted hacer el favor de decirme qué mil diablos tiene usted que mirar á través de la verja de mi jardín? ¿A qué obedece esa manía, *curiosus speculator*?

—Como favor,—respondió Miguel, inclinándose ligeramente,—no tengo motivos para negar á usted la satisfacción de ese deseo. Me encantan las flores, y me seduce el cuidadoso cultivo que ostenta ese delicioso, aunque pequeño jardín; hé ahí todo.

—Está bien; puede usted retirarse.

Miguel lanzó una carcajada, que hizo poner al viejo cara de vinagre.

—Pero don Sabas,—le dijo luego,—usted, á quien tanto talento reconoce todo el mundo. ¿no adivina que algún objeto me habrá traído á su casa?

—¡Ah! vamos; querrá usted alguna recomendación...

—Nada de eso,—repuso muy formalmente el jóven, sacando de un bolsillo el ejemplar de *La España literaria*, y alargándoselo á su interlocutor.—Ruego á usted se digne pasar la vista por este artículo, *Lluvia de oro*...

—¿Le ha gustado á usted, caballero?—murmuró algo desconcertado don Sabas.

—Así... Así... No es el más sobresaliente de los trabajos que debemos á la pluma de su autor.

—¡Qué osadía!—gritó verdaderamente escandalizado el erudito.—¡Capáz será de constituirse en Aristarco de mis obras!

—¡Cálmese usted, señor; hubiéramos establecido un método desde el principio de nuestra conferencia, y así nos habríamos evitado perder un tiempo precioso...

—¡Oh tempora!—continuó gruñendo el anciano literato.

—Y digo esto,—prosiguió Miguel,—porque si me hubiera usted hecho el honor de permitirme decir mi nombre, á estas horas nuestra mútua situación sería mas clara...

—Bueno, ¿y cómo se llama usted?

—Miguel Moralta.

—Muy señor mio, ¿y qué tengo yo de común con usted?

—Poca cosa, pero algo, al fin. Soy el legítimo é indiscutible autor de ese artículo que usted me ha usurpado, poniendo al pié su nombre y apellido...

—¡Impostura!—gritó el viejo, levantándose pálido y tembloroso.—¿Cómo podría usted probarme eso?

—Muy sencillamente,—contestó Miguel, levantándose á su vez, y sacando un segundo periódico.—Este semanario ve la luz en Méjico, en él he publicado mi artículo *Lluvia de oro*; véalo usted, y compare la fecha de este número con la de *La España literaria*. Si es usted capaz de enseñarme un impreso cualquiera anterior á la publicación de este ejemplar, no tendré inconveniente en decir que me reconozco vencido, pero... ¡cá!

—¡Silencio, jóven!—murmuró don Sabas, poniendo una mano en la boca de Miguel.—¡Silencio por Dios!

Y dejóse caer en su asiento, desalentado y sudoroso.

Los dos permanecieron silenciosos durante un buen rato; luego sacó el viejo una llave del bolsillo, abrió un cajon de la mesa, extrajo de él un par de billetes de mil pesetas, y poniéndolos en manos de Miguel, le dijo en voz baja:

—Ya sabe usted, jóven... que me tiene siempre á su disposición...; pero... ¡silencio!

No supo Miguel que contestarle, hizo un gracioso saludo, y salió del despacho.

— ¡Ah, picarón! — gritó Carolina, saliendo á luz, y colgándose del cuello de su tío. — Estoy muy enfadada contigo; no le has hablado palabra del sombrero feo...

— Sí, hija mía, — contestó don Sabas suspirando, — tú no has oído bien; ha quedado resuelto que se comprará otro.

CAPÍTULO III

Se comienza á explorar el tío

Transcurrió una semana e inmediatamente se echó á andar la cabeza de Miguel á la vez de la vida.
 Dijo que aquel día de papillos arrugados y amarillentos, que se dio a conocer al joven del sombrero de inyección color, habían sido el momento para salir por algunos países, sujetos de Madrid á distancias enormes.
 Carolina se puso triste. Conquistó el deseo de saber por qué Miguel usaba aquel sombrero... quería enterarse de su historia, averiguar donde había sido comprado, para no comprarlo. Convinóse por ella necesidad de salir a ver también, preguntarle, indagar, explorar, de todo, por Miguel, propiamente dicho, sino por su sombrero... que es lo que ella le interesaba, según se le costaba averiguar antes.
 Pero el joven no parecía.
 Carolina se preguntó si se podría encontrar el tío con la misma facilidad de siempre.
 Con sus piecitos yendo y viniendo por la casa, volvió

CAPÍTULO III

Se comienza á explotar el filón

Transcurrió una semana, é inútilmente acechó Carolina la llegada de Miguel á la verja del jardín.

Diríase que aquel par de papelillos arrugados y amarillentos, que su tío entregó al joven del sombrero de inverosímil color, habían sido el pasaporte para viajar por ignotos países, alejados de Madrid á distancias enormes.

Carolina se puso triste. Consumíale el deseo de saber por qué Miguel usaba aquel sombrero... quería enterarse de su historia, averiguar donde había sido comprado... ¡era un capricho! Convenido; pero ella necesitaba volverle á ver, hablarle, preguntarle, indagar, enterarse de todo... no por Miguel, propiamente dicho, sino por su sombrero..., que es lo que á ella le interesaba, según se lo confesó repetidas veces.

Pero el joven no parecía.

Carolina iba ya perdiendo la poquísimas paciencia que tenía; con frecuencia golpeaba nerviosamente el suelo con sus piecitos, yendo y viniendo por la casa como

alma en pena, asomándose á cada momento á los balcones que daban al jardín, y hasta alguna vez lloró (de mimo, por supuesto), sin atreverse, por primera vez en su vida, á hablar á su tío, para hacerle único responsable de la imperdonable ausencia del joven.

Un día, de sobremesa, se aventuró á preguntarle:

—¿No has vuelto á ver aquel muchacho?... Ya sabes... el del sombrero raro...

—¡Cállate niña, niña!—gruñó don Sabas, frunciendo terriblemente el entrecejo.—Ni sé de él, ni quiero. ¡Allá se las haya con su artículo, es decir, con su sombrero!

Y luego con inuó, lanzando un suspiro que parecía salirle de las profundidades del alma:

—No me hables más de él, Carolinita; no sé por qué... me es antipático. ¿No te lo ha sido á ti también?

—A mi, no.

—Yo era feliz,—prosiguió el viejo, como hablando consigo mismo,—Precisamente cuando me faltaban sólo unas cuartillas para terminar mi traducción de *La Eneida*, tal vez el trabajo de más empeño de cuantos he dado á la estampa..., la aparición de ese hombre me ha desconcertado; no me es posible coordinar dos ideas seguidas... estoy como embutecido... ¡Cuán cierto es que *nihil est ab omni parti beatum!* ¡No, no hay felicidad completa en el mundo; y el demonio, solo el demonio me inspiró aquella funesta determinación! ¡A mis años, y con mi crédito, ir á caer en sandéz semejante! ¡*Non mihi in posterum simile contingent*, pues bien lo estoy pagando ahora!

Carolina había dejado de escucharle mucho antes de que soltara el primero de los latines; sus azules pupilas empeñábanse en ver, á través de los entornados párpados algo que solo existía en su imaginación soñadora.

El viejo se levantó, y sin acordarse de dar el acostumbrado beso á su sobrina, fué á encerrarse en su despacho para ver si estaba de mejor vena que otros días, y le era posible redondear siquiera un par de docenas de endecasílabos.

Engolfóse bien pronto en sus papelotes, y la tomó con *La Eneida*, proponiéndose terminar de una vez el Libro XII y último de la segunda parte del gran poema.

.....

La hija de Saturno respondióle,
Fijando sus miradas en la tierra:
Conozco ¡excelso Jove! tus designios,
Y sé cuál es tu voluntad suprema;
Yo te obedezco, ya lo ves, y á Turno
Abandono, subiéndome á esta esfera
De entre nubes, injurias devorando,
Lenitivo jamás hallo á mis penas...
Yo á los Troyanos, si me fuera dable...

Por aquí iba discurriendo el bueno de D Sabas, no del todo descontento de la forma que daba á los conceptos de Virgilio, cuando recios golpes en la puerta ahuyentaron su inspiración, trayéndole de nuevo á la vida real.

—¡Tío! ¡tío!—gritó Carolina.—Ahí está el joven del otro día...

—Que pase, que pase inmediatamente,

—¡Ya no lleva aquel sombrero!

—¡Que pase!

—Trae uno de jipijapa muy bonito...

—Bueno, mujer; que le diga Nicolás que suba... que estoy visible...

—Pero abre la puerta.

—Tienes razón...

Mientras D. Sabas recorría el pestillo, corrió Carolina á dar órdenes al criado, y poco despues penetraba en el despacho Miguel, llevando en una mano el anunciado sombrero de paja, y en la otra, un junquillo, al que, con asombrosa agilidad, imprimía movimientos de molinete.

Vestía un terno gris, muy bien cortado; el gran escote del chaleco dejaba ver una pechera de intachable blancura, sobre la que brillaba tres pasadores; que si no eran de oro, lo parecían; con flamantes zapatos de charol y otras reformas que habia realizado en su indumentaria, estaba el muchacho desconocido.

Recibióle don Sabas con la mayor reserva, y diez minutos después salía el afortunado Miguel del despacho, tan orondo, tan satisfecho y tan inspirado que, tropezando en el pasillo con la curiosísima Carolina, halló modo, al saludarla, de intercalar en el saludo un piropo muy discreto, cuya sustancia fué el llamarla ángel ó casi así.

Carolina huyó, muerta de miedo, á encerrarse en su cuarto, sofocada por la emoción, censurando á media voz tan inaudito atrevimiento, y proponiéndose evitar para lo sucesivo tales encuentros.

Y tanto le duró el enfado... que cinco minutos después se sonreía delante de un espejo, como preguntándole si los ángeles tendrían una cara parecida á la suya, y murmuró por fin:

—Después de todo... es muy gracioso ese joven. ¡Ah! y desde que no lleva aquel sombrero parece otro... ¡Hasta podría asegurarse que es guapo y distinguido! ¡Parece mentira lo que cambia las fisonomías la forma y el color de los sombreros!...

Miguel, por su parte, se trataba á lo príncipe: franquichelas á todas horas, giras campestres, paseos en carruaje, mucha esplendidez, muchos amigos gorriones en derredor suyo, para los cuales la más insignificante palabra de aquél perpétuo anfitrión resultaba un chiste de inimitable gracia...; y no mojaba el pico á la pluma, ni por ocasión se le ocurría buscar un razonable epílogo á su novela *El Emparedado*.

Tan brusco cambio de fortuna, excitó naturalmente la curiosidad de cuantos en peores épocas le trataban, y á todos contestaba Miguel con la mayor frescura, cuando le interpeaban acerca de aquel misterioso fenómeno:

—¡Un Mecenas, amigos míos, un Mecenas tan generoso como modesto, que me ha prohibido terminantemente revelar su nombre.

El único poseedor del secreto de Miguel era Emilio, el que creía á ojos cerrados en las predicciones de las gita-

nas auténticas, y que por aquélla vez acertó de medio á medio.

Pero Emilio fué discreto, y poco despues de la primera entrevista de Miguel con don Sabas, se marchó á Italia á perfeccionarse en el divino arte de Murillo y Rafael, que profesaba con verdadera adoración.

Había sido el erudito más generoso la segunda vez que la primera, y no se cansaba Miguel de dar gracias á la Providencia por haberle deparado un protector de tal calibre ¡Jamás se escribió un artículo que tan bonita renta produjera!

Pero como á la humana ambición no se le conocen límites, el joven, que veía á la fortuna colgada de su brazo, y gustábale pasearlo por el mundo, comenzó á menudear las consabidas visitas, é hizo de su bolsillo una parodia del tonel de las Danaides...

Casi llegó á convencerse de que la tal *Lluvia de oro* no iba á tener fin; y realmente, el varigudo autor de *Los literatos de papel*, debía poseer más dinero del que á primera vista pudiera sospecharse, aún incluyendo en la cuenta el hotel con su correspondiente jardín y demás propiedades visibles.

¡Y el muy calavera no volvió á fijarse en Carolina!

En vano la pobre joven, olvidando sus irrevocables propósitos, aguardó en el pasillo un segundo requiebro... Pasaba Miguel por delante de ella, rápido como un meteoro, oprimiendo entre sus dedos algunos de aquellos papelillos malditos... ¡y nada! ni una sonrisa, ni una mirada...; á veces ni un saludo siquiera...

Pero un día ocurrió en la casa un suceso por demás extraordinario é inaudito.

Carolina, oculta detrás de la persiana de un balcon, vió que Nicolás abría de par en par la puerta de la verja; que por ella entraba primero un mozo de cuerda, con un gran baul á cuestas; detrás un rapazuelo, cargado tambien con una banasta, llena de libros y cachivaches, y formando la retaguardia, Miguel, llevando en la mano derecha

una sombrerera, y en la izquierda varios bastones y un paraguas.

Aquella caravana enderezó sus pasos por una senda que conducía á un pequeño pabellón, situado en un extremo del jardín, y traspuso el dintel de la puerta, que de antemano había abierto Nicolás.

Carolina se quedó estática, al ver la profanación que se hacía de sus habitaciones predilectas; allí tenía sus bastidores para el bordado, sus caballetes y pinturas, sus libros predilectos, y hasta... ¿me atreveré á decirlo? sus muñecas, qué aún vestía á ratos perdidos.

Voló al despacho de su tío.

—¿Sabes lo que pasa?—le gritó, arrebatándole de las manos el libro que á la sazón estaba leyendo.

—¿Qué quieres, cominillo?

—¿Qué tengo muchas ganas de llorar!

—¿*Quid causa est?*

—¡No me hables ahora en latín... que me voy á desesperar!

—Pero acaba de decirme...

—Han venido unos...

—¿Unos?

—Sí... en el pabellón... les ha dejado entrar Nicolás...

—Vamos, explícate.

—Que ahí está ese jóven... ha traído el equipaje...

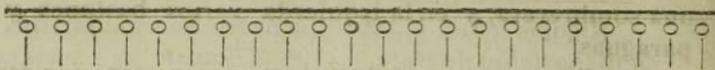
—¡Ah! Si..., pues le he alquilado el pabellón...

—¿De veras?

—Es un jóven á quien debo muchos servicios...

—¡Pero esto es horrible, tío, es monstruoso! ¿Dónde voy á pintar, á coser, á cantar?... Eso es una usurpación, y además... ¿Pero me oyes?

Don Sabas había vuelto á apoderarse del libro, y entregábase en cuerpo y alma á la lectura de sus propias creaciones literarias, olvidándose de Carolina, de Miguel, del pabellón y de todo cuanto no fuera lo que tenía delante de los cristales de sus tremendas antiparras.



CAPÍTULO IV

Ars amandi

Ya se sabe. Los desgraciados que han sufrido una larga abstinencia, y se hallan á punto de morir de inanición, no pueden, sin grave riesgo de perder la escasa vida que les queda, ponerse á devorar manjares á troche y moche; les es forzoso comenzar por algo ligerito, y medianamente sustancioso, hasta que su estómago tolere otros comestibles de más empuje nutritivo.

Aplicando el cuento á Miguel, sucediële que habiendo sufrido desde muy pequeñuelo toda suerte de privaciones, estaba el pobrete hambriento de los goces del mundo; y cuando se abrieron para él los bolsillos de D. Sabas, dióse tal prisa á gustar la ambrosía de los placeres, que acabó por sentir en no largo plazo síntomas de indigestión.

Los primeros días que siguieron á aquel memorable para Carolina, en que sentó sus reales en el pabellon del jardin, levantábase á las doce de la mañana, salía, y no regresaba hasta las altas horas de la noche, ó primeras de la madrugada, cuando allá por oriente sonreía el primer destello de la aurora.

A veces duraba la excursión un par de días.

Nicolás había puesto, por orden de su amo, dos llaves á disposición de Miguel; una para abrir la puerta del jardín; otra para la del pabellón. Un grueso alambre dividía el jardinillo en dos partes, separando el terreno que ocupaba el *hotel*, del trozo correspondiente al pabellón, artificial frontera parecida á la que en varios puntos separa los dos pueblos iberos, y facilísima de traspasar, aunque en honor á la verdad, siempre Miguel la miró con respeto.

Carolina había adquirido la costumbre de espiar diariamente la salida del jóven; y después de almorzar, situá base tras de una persiana, hasta que le veía cruzar por el jardín, tarareando alguna canción en boga y llevando el compás con el bastón sobre el alambre que hacía el papel de línea divisoria.

Y no volvía á verle hasta pasadas veinticuatro horas.

Así fué entrando en ella la confianza hasta que una tarde sintió irresistibles deseos de curiosar en las habitaciones de Miguel; precisamente le deparó su buena fortuna el descubrimiento de un trozo de alambre, que cediendo á su propio peso casi rozaba la tierra.

De un saltito se halló fácilmente al otro lado, y se dirigió con paso rápido hácia el pabellón, ansiosa de ver los objetos que habían ido á reemplazar á sus bastidores, sus caballetes y sus muuecas.

Palpitábale el corazoncito con inusitada violencia, al penetrar, y tuvo que detenerse un momento para enjugar con el pañuelo la sudorosa frente; luego recorrió azorada las tres piezas de que se componía el reducido edificio, y vió con harta precipitación la cama, ya hecha por el diligente Nicolás; el armario donde guardaba sus muuecas atestado de libros en desórden; sobre la mesa algunos papeles revueltos y un tintero seco; clavadas en la pared varias fotografías y grabados que representaban mujeres en traje asaz ligero (espectáculo que la ruborizó, é hizo fruncir los frescos labios en señal de desaprobación), algunas prendas de vestir colgadas de una percha,

y sobre una si la una caja de cigarros habanos conteniendo algunos aún.

Después de aquella rápida ojeada abandonó más que deprisa el pabellón, refugiándose en su cuarto...

De todo cuanto había visto, nada le había mortificado tanto como las fotografías de aquellas mujeres, y admirábase ¡la muy inocente! de que aquel recuerdo le produjera una extraña pena, que no acertaba á definir...

¡Diablo de Cupido! ¡Y con qué certeras flechas hieres los corazones de quince años!

Aquella noche, al volver Miguel á su alojamiento, encontrase sobre la mesa un pañuelo que no era suyo; en una de las puntas veíase una inicial bordada: la letra C.

Cayó bien pronto en la cuenta de que la propietaria de aquel pañuelo se había dignado honrar con su presencia aquella habitación.

El joven, que venía aun saturado del impuro ambiente de la última bacanal, que traía en los oídos las soeces carcajadas de las mujerzuelas que le prodigaban sus venales caricias, y los gritos de sus compañeros de orgía, experimentó una dulce sensación al acercarse á sus labios aquel pañuelo que aun conservaba la fragancia de su hermosísima dueña.

¡Qué abismo entre ella y las desdichadas que le habían acompañado momentos antes!

Miguel se serenó bien pronto; dió unas cuantas vueltas por la reducida habitación, antojándosele que la niña rubia la había perfumado con su dulce aliento y luego entregose á profundas meditaciones.

Buscando un nombre que correspondiera aquella inicial desfilaron por su imaginación todos menos el verdadero; que esto es lo que suele suceder.

Carmen, Clara, Celia, Consuelo, Clotilde, Clementina, Carlota, todos, todos los recordaba... ¡menos Carolina!

Piaban ya los gorriones en el jardín, saludando el primer rayo del sol, cuando Miguel se metía en la cama, y dormíase aspirando el ténue aroma del pañuelo.

Cuándo se despertó era muy tarde.

Carolina, que creyó ser aquel uno de los días en que Miguel no había vuelto, paseábase por el jardín luchando entre el deseo de hacer una segunda visita á las habitaciones del joven, y el deber de huir de ellas para no encontrarse otra vez frente á frente de las fotografías que tanto la habían molestado...

La indecisión tenía la clavada en el punto más adcesible de la frontera, sin determinarse á franquearla, con la frente inclinada hacia el suelo, y columpiando uno de sus diminutos pies en el alambre.

Tal era su preocupación que no advirtió la salida de Miguel, ni se hizo cargo de su presencia, hasta que le tuvo á dos pasos de distancia.

— ¡Señorita!... — exclamó él, saludándola.

— ¡Ah! — gritó Carolina, disponiéndose á alejarse.

— Un momento; no sabe usted el deseo que tenía de hablarla dos palabras.

— ¿Y para qué? — tartamudeó ella deteniendo su primer impulso y poniéndose colorada

— Primero porque si solo mirarla constituye un placer, hablarla es una dicha...

— ¿Y por qué entonces, cuando viene usted á ver á mi tío no hace las visitas más largas? Yo solo conozco á usted de vista...

— Pero somos vecinos, señorita, y los vecinos, tarde ó temprano acaban por ser buenos amigos. ¿Quiere usted que lo seamos?

— ¿Y por qué no?

— Gracias, vecinita. De ese modo podré decirla muchas cosas, muchas... que tengo reservadas para usted.

— Puede usted decirme'as cuando guste.

— ¡Diablo! — pensó Miguel. — Es un verdadero *enfant terrible*, y si me dejara escurrir íbamos á ir muy lejos en poquísimo tiempo.

Después de una breve pausa continuó el joven diciendo:

—Vamos por partes; lo primero es que me diga usted su nombre. Hasta ahora solo sé que comienza por C.

—¡Bah!—murmuró Carolina haciendo un mohín graciosísimo.—Estará usted enterado por mi tío, ó por Nicolás... ó tal vez por la cocinera...

—Nada de eso. Don Sabas no me ha hablado palabra de usted...

—Entonces, vea usted quien me ha revelado algo—repuso Miguel, sacando el pañuelo de Carolina.

Esta enrojació súbitamente poniéndose como una amapola; había echado de menos su pañuelo, pero no se le ocurrió la idea de que pudiera haberle dejado caer en el pabellón... Al verle en manos de Miguel comprendió que todo estaba descubierto... ¡Que vergüenza!

—¡No sé!...—tartamudeó confundida, y sin atreverse á mirar á su interlocutor.—Quizás Juliana... mi doncella... ¡Es tan distraída! Ruego á usted me devuelva ese pañuelo...

—¡Eso no!—contestóle impetuosamente el joven, encantado, seducido ya por aquel candor.—Esta prenda la guardaré siempre, reservándola un sitio sobre mi corazón, como una reliquia...

Y sabe Dios las cosas que hubiera seguido diciendo el fogoso é impresionable muchacho, si ella, al oír rechinar los goznes de una cercana puerta, no se sobresaltara, emprendiendo la fuga hácia el hotel...

—¿Pero me quedaré sin saber lo que esta C significa?—la gritó, viéndola alejarse.

—¡Carolina!—le contestó ella, volviendo la cabeza, y dibujando en sus lábios una adorable sonrisa.—¡Carolina es mi nombre! ¡Adios, Miguel!

Y antes de traspasar el dintel de la puerta, volvióse de nuevo, enviándole un gracioso saludo con la mano.

—¡Sabe mi nombre!—pensó Miguel, loco de alegría.—¡Oh, encantadora criatura, ángel purísimo, creado por Dios para mi redención, para detenerme al borde del abismo en que iba á caer!... ¡Yo te amaré!... ¡Qué digo?

Te amo ya con delirio, te adoro, consagraré mi vida entera á adorarte... Y serás la primera, la única ilusión de mi alma!.....

Novedad.

Carolina había sido siempre madrugadora; aun antes de que las flores de su jardín perdieran el brillante adrezo de gotas de rocío, que se evaporaba á los besos del sol, abandonaba la niña el blanquísimó lecho, el nido virginal, donde soñaba las deliciosas fantasías de los quince años

Pocos días despues de aquella conversaci3n, tan insulsa y tan interesante á la vez, comenzó Carolina á retrasar la hora de levantarse, y en progresi3n creciente cada día; llegaron muchos en que apenas tenía tiempo de rezar de prisa y corriendo sus oraciones matinales; lavarse, hacer que su doncella le recogiera los dorados cabellos en una redecilla... y bajar al comedor, donde pacientemente la aguardaba su tío para almorzar.

El bueno de D. Sabas era pr3sbita de los ojos del cuerpo y miope de los del alma; á no ser así, hubi3rale llamado la atenci3n aquel extraordinario desorden en las costumbres de su sobrina; se hubiera fijado en aquella extraña somnolencia, que á medio día la obligaba á bostezar; hubi3rale puesto en guardia dos interesantes y violadas ojeras, que se destacaban en el lindísimo y nacarado rostro de la joven, como un par de manchas en el pétalo de una rosa...

Nada de esto advertía el erudito; pero digamos en su honor, para disimular en lo posible tan censurable falta de vigilancia, que aun don Sabas no se había hecho cargo de que su sobrina, crisálida ayer, era hoy esplendente é irisada mariposilla, ganosa de luz, de perfumes, de aire, de unir su primer destello de vida al gran concierto de la vida universal, cuya estrofa más sublime y repetida por boca de todas las criaturas animadas, es: ¡amor! ¡amor!

Para don Sabas, era Carolina una niña pequeñita; la

había visto nacer, la había recogido huérfana, era entonces un átomo de ser humano, y continuaba siéndolo; ella tan mona y tan chiquita, ¿qué había de saber de amor?

Y verán ustedes si sabía.

Allá á las dos de la mañana, cuando todos en el *hotel* dormían descuidados; en esas noches calladas y apacibles de Junio, más claras que un día nublado en Londres, cuando la luna baña con apacibles ondas de plata la dormida tierra, en aquella hora en que

los astros
están á la mitad de su carrera
y los mortales en el orbe todo
rendidos al trabajo y la fatiga
del plácido reposo disfrutaban, etc.

que dijo en su lengua un poeta latino; digo que á esa hora abríase con el menor ruido posible un balcón situado en el ángulo del edificio más cercano al pabellón, asomábase una figura esbelta y vaporosa, que parecía complacerse en besar los rayos de la luna, rodeándola de un ambiente de luz, y ya había alguien allí cerca que aguardaba á la encantadora visión para entablar con ella algunos de esos diálogos que son verdaderos poemas improvisados, absurdos, ininteligibles, para todo el que no sea alguno de los dos que habla.

—Algo así parecido al canto de los pajaros, que ellos solos se entienden.....

Un día necesitó Miguel hablar con don Sabas...

No había podido éste concluir la traducción de *La Eneida*, y cansado de luchar en vano contra las insuperables dificultades que á cada paso hallaba, decidiose á emprender otro trabajo.

—Voy á traducir,—dijo al joven,—el *Ars amandi* de Ovidio.

—Me parece de perlas el pensamiento —contestó Miguel, —y si me hace usted el honor de permitirme ayudarle en esa obra, se lo agradeceré infinito. Precisamente atravie-

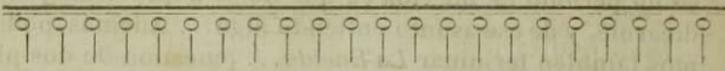
so un período de mi vida en que no sé á qué trabajo dedicarme, y de ese asunto entiendo algo... Además, podremos también terminar *La Eneida*... ¡cuestión de dos plumadas!

—¿Domina usted la lengua latina, joven?—preguntó admirado y lleno de alegría don Sabas.

—Como el mismísimo romance.

—¡Qué me place! desde hoy venga usted á comer con nosotros y emprenderemos la tarea. *¡Labor omnia vincit improbus!*

—*¡Alea jacta est!*—pensó el jóven, como un nuevo César, al pasar aquél Rubicón.



CAPÍTULO V

De Metafísica .. y otros excesos

Nunca le había pasado por las mientes á Carolina preguntar á Miguel el origen de las cordiales relaciones de éste con su tío Sabas

Amaba y era amada: he ahí todo.

Vió que su novio ocupaba todos los dias un puesto en la mesa, y se regocijó, aceptando aquella ventura como un bien del cielo, como un beneficio del ángel protector de las doncellas enamoradas, con la inocente fé con que los niños reciben de los reyes Magos el regalito que hallan al amanecer dentro de la botita puesta al balcón.

Miguel, sin embargo, creyó conveniente poner en autos á Carolina de lo sucedido, una noche en que la conversación fué tomando especiales giros; y fué cuando ella le preguntó por la millonésima vez:

- ¿Me quieres mucho, Miguelito?

- C n toda mi alma.

- ¿Y siempre me querrás lo mismo?

- ¡Siempre, Carolina mia, siempre! Pero, ¡ay! ¿Cuando podremos realizar todos nuestros castillos en el aire?

—Otras veces ya me has dicho eso... ¿por qué no hemos de realizarlos?

—Para eso sería preciso casarnos.

—Pues casémonos, Lito.

Así llamaba Carolina en diminutivo á su adorado Miguel.

—Eso se dice muy fácilmente... —contestó el joven con acento triste.

—Y se hace. Verás tu, Lito mio, como yo le digo á...

—¡Ni una palabra, por Dios, á tu tío! —la interrumpió Miguel. —Tu eres un ángel, que vives en el mundo por compromiso de nacimiento, y no puedes comprender ciertas cosas... Reflexiona que no tengo fortuna, ni carrera, ni...

—¿Y qué? Mi tío es muy bueno para tí. Hace todo lo que se te antoja...

—Eso tiene su explicación. No creas que tu tío me protege por pura filantropía; tiene poderosas razones para ello, dado su modo de ser, su vanagloria de literato *inmaculado*, la estima en que tiene su nombre de escritor... Para ti, vida mía, hablarte de esto es como hablarte en lengua extraña... Te diré, sin embargo, que hace algún tiempo publiqué en un periódico de Méjico un artículo titulado: *Lluvia de oro*; este artículo fué reproducido, sin firma, por otro periódico de escasa circulación, que se publica en un pueblecillo perdido en un rincón de la República Argentina. Gustóle tanto á tu tío aquel trabajo, que el diablo le tentó á copiarle ce por be, poniéndole su firma, y confiando en que aquél gatuperio no sería descubierto... Comprende ahora su desesperación, si delatando yo la verdad del hecho, quedara él á los ojos de sus colegas y amigos, en el Ateneo, en la prensa, en todas partes, como un plagario, más aún, como un verdadero ladrón literario...

Algo vislumbró Carolina de innoble y feo en la conducta de su Miguel, que mantenía en continuo estado de zozobra al pobre viejo, y le hacia pagar bien caro un extravío propio de su ya decaída inteligencia.

Pero antes de que la joven emitiera su opinión, continuó Miguel diciendo:

—¡Ay, Carolina mía! Cuanto más voy conociéndote más te amo, y cuanto más te amo... más desgraciado soy.

—¿Y por qué, Lito de mi vida?—preguntó Carolina, olvidándose ya de lo que antes había oído

—Dios me entiende, y yo sé que hay algo muy penoso que escarba mi conciencia... En fin, no hablemos más de este asunto. Lo que si te ruego es que nada descubras á tu tío de nuestros amores,

A la noche siguiente de esta entrevista, una hora después de la comida, hallábanse en el despacho don Sabas y los dos jóvenes; el primero sentado ante la mesa, y ordenando, con infantil placer, las últimas cuartillas de la traducción de *La Eneida*, ya terminada, merced á la intervención de Miguel; éste y Carolina ocupaban un confidente colocado en un rincón de la estancia, rincón que llenaba de sombras la pantalla del quinqué.

Don Sabas estaba alegre y locuáz aquella noche; dióle por hablar de no sé qué conceptos de Metafísica, recordando una furibunda discusión que había sostenido en el Ateneo días antes.

—No me pesa haber perdido algún tiempo con él,—exclamaba, refiriéndose á su contrincante,—por más que *fugit irreparabili tempus*; pero hay hombres que se empeñan en cerrar los ojos á la luz, y no quieren ver lo que hay dentro de su propia inteligencia... Figúrese usted, joven, que se trataba de exponer cada cual su opinión acerca del concepto de la *cognoscibilidad*; claro es que la relación del *sér* y del *no sér* es la primitiva, la fundamental en el orden del *conocer*, y antes dejará de constituir al conocimiento una relación *subjetivo-objetiva*, que dejar de incluir en su concepto los caracteres del *sér* y del *no-sér* ¿No está esto tan claro como el sol? Ahora bien; la *cognoscibilidad* del *sér* consiste ensu referencia al sujeto *cognoscente*; pero es indispensable al efecto que el *sér* además de ser en sí mismo no sea sin embargo, al mismo tiempo, y

bajo el mismo aspecto, el sujeto cognoscente... ¿no es eso?...

Mientras de esta suerte peroraba don Sabas, un pié de Miguel había ido patinando, suelo adelante, hasta tropezar con los preciosísimos de Carolina, quedando allí mismo prisionero de guerra.

—¡Que escriba! continuaba el erudito. —¡Que escriba ese caballero los disparates que contestó á mis razonamientos! Afortunadamente para él las palabras se van y se olvidan pronto, *verba volant, scripta manent*. Esos señores materialistas me hacen reír; se esfuerzan en probarnos que lo que ellos no entienden no lo entendemos tampoco nosotros... ¡Así se explican, como asnos, cuando se pone sobre el tapete el concepto de la *sustancia espiritual*! ¡Ya lo sé, ya sé que desde Leucipo hasta Darwin tropezamos con una dificultad, que es el apoyo principal del materialismo! ¡Ya sé que hay falta de conformidad en las distintas escuelas para definir el *espíritu*! ¡Pero me basta considerarle como una sustancia simple; intrinsecamente activa, dotada de entendimiento y voluntad, *substantia simplex ab intrinseco activa intellegendi ac volendi facultate prædita*...

Miguel iba ganando terreno; una de sus manos rozó levemente las de Carolina, más suaves que el aso, y más blancas que apretados trozos de nieve; y como no huyeron si no que estuvieron siempre quietecitas, como si aguardaran las caricias de la osada mano que venía en su busca, tomó el dichosísimo amante la revancha, vengando á su prisionero pié, y manteniendo en dulce esclavitud las manos de Carolina...

El erudito continuó su discurso, cada vez más entusiasmado; hizo desfilan en rimbombantes y enrevesados períodos las sombras de Aristóteles, Platón, Descartes, Hegel, Fichte, Schelling, Kant, Malebranche, Leibnitz, Condillac, Bacon, Balmes, etc. etc.; descargó un chaparrón de latines como Dios le dio á entender, y habló al vacío, á la nada, á sí mismo; porque aquél público de dos nada oía, fundiendo sus almas en una intensísima é inacabable

mirada de amor, mirada que los cristales biconvexos de D. Sabas no tenían fuerza para llevarla á su retina.

No contento D. Sabas con hablar, sentado en su sillón, levantóse y comenzó á dar paseos arriba y abajo, continuando su discurso, parándose á ratos, accionando mucho, y entusiasmándose él sólo con lo que decía.

En una de aquellas vueltas; cuando daba el pobre señor las espaldas á la enamorada pareja: ellos, que se sentían cargados de un cierto fluido magnético, aún no definido por los metafísicos, pero que atrae el *ser* al *ser*; sin darse cuenta de lo que hacían, arrastrados por una fuerza psíquica superior á su voluntad, unieron un momento sus labios en un beso, que no por ser mudo, fué menos apasionado, menos ardiente, ni menos delirante que otros que nacen con rumor á nada parecido, y que por eso se delatan...

El corazón de Carolina palpitaba como el de un pajarillo prisionero por vez primera en una mano.

En cuanto á Miguel... ¿Qué pasó en su alma, al ver que despues de aquel beso, vino el confiado don Sabas junto á él, para continuar el interminable discurso, á cien leguas su imaginación de lo que allí sucedía, sin sospechar remotamente que aquel joven, pobre ayer y hambriento, roza-gante y pródigo hoy, merced á sus favores, introduciase en aquella honrada masón, para seducir á aquella pobre niña, sin más amparo ni defensa que la de la paloma en las garras del gavilán?

El grito de la conciencia estalló terrible y justiciero en el espíritu de Miguel; se tuvo odio á si mismo.

Y por uno de esos arranques propios de los caracteres fogosos, se levantó súbitamente, y adelantándose á don Sabas, pálido y tembloroso, le dijo:

— Señor; Deseo hablar con usted á solas...

Carolina creyó que era llegado el momento de descubrir á su tío el secreto de aquellos amores, y levantándose á su vez salió rápidamente del despacho.

¿Tendré necesidad de decir que se detuvo á escuchar detrás de la puerta?

CAPÍTULO VI

La victoria en la huida

Quedóse D Sabas mirando á Miguel, é intentaba en vano hallar algún punto de relación entre las frases con que el jóven le había interrumpido, y los peliagudos problemas metafísicos aun no debidamente desarrollados.

—Admirado, por demás, se quedaría usted, señor don Sabas,—dijo por fin Miguel, después de una larga pausa,—si yo pudiera, y quisiera explicarle, todo lo que en este instante siento...

—Jóven,—le interrumpió el erudito, afirmando los anteojos sobre la nariz.—*Homo sum, et nihil humani á me alienum puto*, como dijo Torencio en una de sus comedias; por lo tanto, puede usted hablarme con entera libertad, bien seguro de que estoy curado de espanto.

—Yo arrastraba una vida lánguida y miserable,—continuó Miguel, inclinando tristemente la cabeza,—condenado desde muy niño á ganar el sustento con mi trabajo, no sabiendo hoy si mañana tendría que comer, luchando siempre por conservar una existencia sin encantos ni esperanzas..., me dejé arrastrar por el destino, sin detenerme á examinar si la senda que éste me trazaba era la

que debe seguir un hombre honrado, ó la que siguen aquellos, para los cuales son palabras vacías de sentido: dignidad, nobleza y pundonor. ¡Qué verdad es, señor don Sabas, que la pobreza envilece!

—No lo creo,—le interrumpió don Sabas,—y antes que creer eso haríame yo determinista, afirmando que las costumbres de cada cual son hijas de su idiosincrasia especialísima, de su temperamento: *mores temperamenta sequuntur*.

—No discutiremos...—repuso Miguel.—Ello es que yo he entrado en el convencimiento de que mi conducta, de algunos meses á esta parte, es digna de censura por muchos conceptos; y como sé positivamente que de continuar este orden de cosas un día más, sería muy difícil, si no ya imposible, reparar los males que preveo; como aun late en mi pecho un corazón noble, y bullen en mi cerebro ideas elevadas y no puedo seguir engañándome y creyendo que podía ser dichoso, á la manera que lo son los que ni tienen decoro, ni vergüenza... dígoles á usted, señor mío, que me marchó, que puede usted disponer del pabellón, bajo cuyo techo, jamás debí cobijarme, que desde este momento queda suprimido el forzoso tributo pecuniario... que la debilidad de usted, y mi osadía han creado, que á mi pobreza me vuelvo... y desde la cima donde volveré á caer procuraré elevarme, trabajaré como un león, seré un mártir, seré todo lo que dignamente haya necesidad de ser para realizar el ideal de mi vida. Si no alcanzo la meta moriré, ¡única esperanza de los desdichados! Y ahora adios mi noble bien hechor, adios... ¡Hasta cuando Dios quiera!

Miguel acercóse emocionado á don Sabas, se apoderó de su mano, la cubrió de besos, y salió rápidamente del despacho, sin poder reprimir los sollozos, ni ver á través del velo de sus lágrimas, á Carolina, que sin explicarse bien lo que acaba de oír, presentía algo grave y trascendental, capaz de comprometer su dicha futura.

Cuando oyó á Miguel despedirse de don Sabas, fué su

primer impulso salirle al encuentro, para interrogarle acerca de tan extraña conversación; al verle salir llorando refugiose en un ángulo del pasillo, muda y sobrecogida, sin fuerzas para detenerle... y preguntándose si su pobre Miguel se habría vuelto loco.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha sucedido? —gritó luego penetrando en el despacho... —¿Por qué llora, Miguel, tío? ¿Qué le has hecho? Dime, dime pronto...

—Hija mia,—respondió el anciano con desesperante calma, y quitándose los anteojos para limpiarlos con el pañuelo,—No se qué mosca ha picado á ese joven para hacerme *ex abrupto* tantas y tan inesperadas declaraciones. Resulta de ellas, primero; que se marcha (como has visto); segundo: que no continuará alojado en el pabellón; tercero que vuelve á su pobreza, rechazando mis favores... y eso me lo dice precisamente ahora que soy yo el favorecido y el obligado por lo mucho que le debo en las traducciones de *La Eneida* y *El arte de amar*; y cuarto: que quiere realizar no sé que soñado ideal, ó morir, en caso contrario... ¿Háse visto locura igual? Yo, que al principio de su discurso, le había prometido no admirarme de nada, resulto ahora el más asombrado, y el más admirado de los hombres y... *salis mirare non possum* su extraña salida...

—¡Dios mío! —exclamó Carolina dejándose caer sin aliento sobre el confidente, donde momentos antes cambió el primer beso de amor.

Si hubiera podido el erudito leer en el alma de su sobrina, y apreciar el contraste, á buen seguro que no deja escapar la ocasión de decir: *¡Sic transit gloria mundi...*; ó cualquier otro latinajo, viniera ó no á pelo.

De los azules y hermosísimos ojos de Carolina comenzaron á salir abundantes lágrimas, que silenciosamente resbalaban por sus mejillas, mientras D Sabas disponiéndose al trabajo, refunfuñaba aún algunas frases cortadas.

—Es un ingrato... Yo comenzaba ya á acostumbrarme á él... y hasta le había tomado algún cariño... Y para

que se vea lo que es el hábito..., ahora me entristece su ausencia... parece que me falta algo... No, y es verdad que me falta... ¡ay de mí! Porque él y yo nos completábamos...; el uno jóven, de lozana inteligencia, fogoso, entusiasta....., el otro maduro, sentado, reflexivo..... ¿Cómo terminar ahora la traducción de *Ars amandi*..., yo que cada día estoy más divorciado de las Musas?

El erudito no se enteró de que su sobrina lloraba; y engolfóse en sus papelotes, tosiendo afectadamente cada vez que sentía deseos de suspirar, todo por puro disimulo, y queriendo convencerse á sí mismo de que no había tomado tan á pecho la despedida de Miguel.

Aquella noche se retiró Carolina á su cuarto más temprano que de costumbre, con vagas esperanzas de ver á su amado rondando por el jardín; pero las horas transcurrieron, lentas como son siempre aquellas en que sentimos algún dolor, y llegó el nuevo día, y Carolina casi agotó la fuente de sus lágrimas, sin deber al sueño ni un momento de reposo y olvido.

¡Así estaba ella de pálida y ojerosa y triste al día siguiente! Apenas almorzó... La sonrisa, que era en sus labios como en la flor el perfume, desapareció. Sentía una pena y amargura inexplicables, y parecía que el mundo era de otro modo que siempre había sido, que todo se había transformado, ennegreciéndose, y llenándose de sombras de tristeza...

Al penetrar aquella noche en su cuarto, vió en el suelo un objeto blanquecino; era una carta, que abrió con febril precipitación, viendo que decía:

«Carolina: no tuve valor para despedirme de ti... Presentía que una sola mirada tuya, una sola frase de tus adoradísimos lábios, la más pequeña insinuación, me hubiera detenido... y yo necesitaba alejarme...

«Te amo demasiado, ángel mío, para continuar á tu lado. Ahí, en tu misma casa, viviendo á dos pasos de tí... no era digno de tu amor, y yo quiero serlo; quiero que cuando seas mía, no me avergüence yo de ser tuyo; quie-

ro que esa pureza, esa hermosísima inocencia tuya, que es tu mayor y máspreciado encanto, sea para mi tan sagrada como lo es para el cristiano la reliquia del santo que venera y adora de rodillas...

«Huyo de tí, vida mía; pero no importa, te amo más que nunca... y en esta ocasión huir es vencer, es venirme á mi mismo, es respetarte, es amarte más...

«¡No me juzgues mal, no me maldigas!

«Dios que lee en los corazones humanos, conoce la pureza de mis propósitos... y él me ayudará, infundiéndome ánimos para luchar por la vida, y para alcanzar el logro de mis supremas aspiraciones, que son, el unirme á tí para siempre.

«Adios, Carolina mía.

MIGUEL »

La jóven sintetizó esta carta, diciéndose: Se ha marchado. ¡Dios sabe si le volveré á ver!

CAPÍTULO VII

«Finis coronat opus»

Ni *Eneida*, ni *Ars amandi*, ni metafísica, ni nada; el pobre don Sabas no se ocupaba de semejantes cosas, y hasta... ¡Dios me perdone si miento! creo que las tenía completamente olvidadas.

Allí se pasaba las noches de claro en claro, y los días de turbio en turbio, á la cabecera de la cama de su sobrina, que parecía un ángel de cera, el ángel de la tristeza tan demacrada, la pobrecilla, y tan silenciosa, y tan sumisa, para tomar cuantas medicinas la presentaban, que parecía (con aquella tácita resignación), dar á entender que estaba segura de morir, con ó sin drogas.

Los más afamados doctores devanábanse los sesos, buscando en aquel delicado organismo la traidora lesión que tales estragos causaba en él, y ¡nada! todos los órganos funcionaban normalmente en detalle; pero en conjunto resultaba que no servían para sostener la vida de aquella criatura.

Era, así, algo parecido á lo que leemos en esos cuentos de princesas enamoradas, que se van muriendo poco á poco, sin que nadie adivine el por qué, hasta que se le

ocurre al rey, su padre, ofrecer la mano de la doncella amen del reino, al que logre curarla. Y siempre acaba por realizar el milagro algún gallardo mancebo, el mismo de quien la princesa estaba enamorada.

Pero aquí no se trataba de un cuento; Carolina iba á morir, y no había ofrecimientos de mano ni cosa que lo valiera.

Una tarde quiso la joven que la vistieran y la sacaran al balcón que daba al jardín; era una de esas tardes de Otoño, templadas y apacibles, que son privilegio del clima de Madrid, porque creo que en ninguna parte del mundo son más hermosas.

Arrebuada en un chal, y envueltos los piés en tupida manta, la sentaron donde ella quería, y pareció contenta.

Contra su costumbre, desde que cayó enferma, dirigió á don Sabas la palabra, antes de que éste la dijera algo.

—Oye, tiito,—exclamó, con una voz apenas perceptible.

—Yo me moriré pronto, ¿no es verdad?

—¿Tú... morirte?... ¡Vaya, vaya!...—contestó el pobre viejo, volviendo la cabeza, para enjugar con la borla del gorro un tremendo lagrimón que se detuvo en la punta de su nariz.

—Verás...—continuó Carolina, procurando sonreír.—Yo quería saber eso para decirte una cosa... Si te la digo, y sabes que luego voy á morir... no me reñirás, ni me llamarás ingrata. ¿No es verdad?

—Pero hijita mía querida. ¿Por qué dices eso? farfulló don Sabas, á quien ahogaba la pena.

—Te lo digo, sí... sí te lo voy á decir ahora. Pues has de saber, que hace tiempo estoy cometiendo un pecado muy grande.

—¿Tú un pecado, pobre ángel mío?

—Sí... La última vez que me confesé, me dijo el padre cura, que no debía querer en el mundo á nadie más que á tí...

—¿Y no me quieres, hijita de mi alma?

—Sí que te quiero muchísimo... pero á él le quiero más.

Y Carolina bajó avergonzada la cabeza.

—¡A él! ¿Y quien es él, criatura?

—Pues... ya sabes... Miguel.

—¡Miguel! ¡Cómo! ¿Quieres á Miguel?

—Sí, le quiero con toda mi alma; desde que se fué no he dejado de pensar en él ni un instante. ¿Sabes por qué no duermo? porque pienso en él. ¿Sabes por qué no como? porque me da mucha pena el no verle. ¿Sabes por qué me voy á morir? porque él se habrá olvidado ya de mí... puesto que no vuelve...

¡Qué rayo de luz! Don Sabas, que se había sentado junto á Carolina, se levantó tembloroso y demudado, decidido á ponerse en aquel mismo momento e sombrero y salir en busca de Miguel...

No fué necesario; vió que Carolina miraba hacia el jardín con ojos muy abiertos, de pálida que estaba se tornó lívida, dió un pequeño grito, y entornó los párpados quedando desmayada.

Detrás de la verja del jardín contemplaba aquella escena un jóven, casi tan pálido como Carolina, muy delgado, llevando el sello de la miseria y de las privaciones en la cara, vestido muy pobremente, y ostentando un sombrero parecido á aquél, cuyo color fué problema irresoluble para la sobrina de D. Sabas.

Escusado es decir, que aquel jóven era Miguel... ¡A tan triste estado le llevó su nuevo ingreso en la república de las letras!

—¡Miguel! ¡Miguel!—gritó D. Sabas con desesperación, sosteniendo á Carolina—¡Corre, sube;... ven en mi ayuda que mi Carolina se muere! ¡Ay, Dios mio! ¿Quien lo hubiera sospechado? ¡Necio de mí! ¡Bárbaro de mí! Yo no ví nada, yo estaba ciego, yo estaba loco, loco, sin otro afán que los malditos libros... No supe adivinar por qué este capullito se marchitaba, soy su asesino... ¡Ay, Dios! No quiero que se muera mi niña, quiero yo morir en su lugar... ¿Para que sirvo en el mundo?.....

¿Y se murió Carolina?

No señor, á Dios gracias. La verdad es que hubiera sido una lástima, ella tan jóven, tan bonita, tan enamorada.

Estuvo, eso sí, á dos dedos de la fosa: pero en cuanto pudo abrir los ojos y vió á Miguel á su lado; ¡aquello fué lo que se llama entrar á oleadas la vida en su cuerpecito! ¡Qué rápida transformación! ¡Qué virtud la de aquellas medicinas! Verdad es que se las daba su amado Miguel...

Rápidamente fueron sonrosándose las mejillas de la enfermita, apareció otra vez la sonrisa en sus labios, tan bella como la aurora que aparece en un horizonte despejado; despues de una larga y tempestuosa noche, renació el apetito, y por fin brilló la salud en las azules pupilas de sus alegres ojos...

Después de aquello... no había más remedio que casar á los chicos, y que se dejara él de pulcritudes y delicadezas, aceptando la dote de Carolina; unos cien mil duros.

Los mismos que él contaba haber ganado escribiendo novelas (!!!).

Don Sabas tomó horror á los libros, y ni siquiera quiso terminar la traducción de *Ars Amandi*.

Pero aún dijo un par de latines, de despedida.

El primero, cuando Miguel aún vacilaba en aceptar la inmensa dicha de ser esposo de Carolina:

—*Aut nubere, aut mori*, casarse ó morir.

El segundo al salir de la iglesia, despues de la ceremonia religiosa del casamiento:

—*Crescite et multiplicamini, et replete terram, et subjicite, eam...*

Por aquella vez habló mejor que como un libro: habló como Dios.

FIN

INDICE

	Páginas
CAPITULO PRIMERO. — Preséntase en es- cena el héroe del cuento.....	3
— II. — Preséntase en escena la heroína del cuento.....	12
— III. — Se comienza á explotar el filón.	20
— IV. — «Ars amandi».....	26
— V. — De metafísica... y otros excesos.	34
— VI. — La victoria en la huida.....	39
— VII. — «Finis coronat opus».....	44

